



Apertura de la Puerta Santa del Jubileo de la Misericordia en el Santuario de la Virgen de la Peña de Francia

2 Abril 2016. Sábado de la Octava de Pascua

Con la celebración de apertura de la Puerta Santa en nuestra Catedral, iniciamos el día 13 de diciembre de 2015 el ***Jubileo Extraordinario de la Misericordia***.

Siguiendo las orientaciones del Papa Francisco, hemos considerado muy oportuno facilitar a los fieles el acceso a la gracia y la indulgencia jubilar abriendo hoy otra Puerta Santa en este Santuario de la Virgen de la Peña de Francia.

La madre de Jesús nos conduce siempre de nuevo al encuentro con su Hijo, nacido de su seno virginal por obra del Espíritu Santo. María ha abierto el camino para que Dios derrame en nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que nos libra del pecado y nos hace hijos adoptivos de Dios y herederos de la gracia de Cristo (cf Gal 4, 4-7). María nos llama siempre a hacer lo que Jesús nos diga (cf Jn 2,5), y nos da ejemplo de guardar en el corazón (cf Lc 2,51) y meditar sus palabras y el significado de sus acciones, para poder serle fieles como ella hasta la cruz (cf Jn 19,25).

Como nuestra madre espiritual, María nos llama hoy a mirar con fe y amor a su Hijo, crucificado por nuestros pecados, para que descubramos en su cuerpo herido y ya glorificado el rostro de la Misericordia del Padre. Mirando con María al que traspasaron (cf Jn 19, 37), comprenderemos y sentiremos “*el amor que Dios nos tiene*”; pues ha entregado a su Hijo, “*para que vivamos por medio de él*” (cf 1 Jn 4, 9-10). María, testigo presencial de los hechos y en sintonía espiritual con los sentimientos del corazón de su hijo Jesús, nos puede introducir en la viva y gozosa experiencia de los sacramentos del bautismo y de la eucaristía, simbolizados en el agua y la sangre, que manaron del costado de Cristo traspasado en la cruz por la lanza del soldado (Jn 19, 34).

Por medio del bautismo, la eucaristía y el sacramento de la reconciliación, fruto del regalo pascual del Espíritu Santo para el perdón de los pecados (cf Jn 19,30; Jn 20, 22-23), somos introducidos en el misterio pascual de Jesús y recibimos el fruto salvador de su sangre derramada para el perdón de los pecados. Jesús crucificado y glorioso es así la fuente inagotable de la Vida eterna y la Puerta siempre abierta de la Misericordia de Dios. Desde este Santuario nos atrae hoy María a saciar nuestra sed y a hallar descanso a nuestras fatigas bebiendo el agua viva del Espíritu de Jesús, que él mismo hace brotar de nuestras entrañas como un surtidor que salta hasta la vida eterna (Jn 4, 13-14; 7, 37-39). La experiencia viva del Amor de Dios, que su Espíritu reaviva en nosotros, es la fuente de la alegría del Evangelio, que alivia y supera todo cansancio y agobio (cf Mt 11, 28-29).



Carlos López Hernández

En este Año Santo, la Iglesia nos llama con más intensidad a tener la mirada fija en la misericordia del Padre, que se ha manifestado en plenitud en la Cruz y Resurrección de su Hijo. La contemplación del Misterio Pascual de Jesucristo nos lleva a la experiencia de la misericordia salvadora del Padre y nos enseña a ser misericordiosos como el Padre.

La peregrinación es un signo peculiar en el Año Santo y tiene como meta la Puerta Santa, que es símbolo de Cristo. Para llegar a la Puerta Santa y encontrar en Cristo la gracia de la misericordia, cada uno debemos andar un camino físico y espiritual, con firme decisión, sacrificio y apertura a la conversión.

Nuestra peregrinación a la Puerta Santa de este Santuario de la Virgen tiene su lugar litúrgico en el último día de la Octava de Pascua, que prolonga la gran solemnidad de la Resurrección del Señor, su Pascua, es decir, su paso a la gloria del Padre a través de la muerte en la cruz.

En la eucaristía de estos días de la octava pascual hemos leído los relatos de las apariciones de Jesús resucitado a los discípulos, y los primeros anuncios realizados por los apóstoles después de Pentecostés sobre la resurrección de Jesús.

Los primeros discípulos y apóstoles tuvieron que realizar una peregrinación física desde el sepulcro vacío hasta los diversos lugares en los que Jesús resucitado salió a su encuentro: el huerto del sepulcro, el camino de Emaús, el cenáculo y el lago de Tiberíades. Pero realizaron sobre todo una peregrinación espiritual desde el dolor, la desolación, el temor y la desesperanza hasta el asombro, la admiración, la alegría, la fe firme y la esperanza inquebrantable.

En esta peregrinación fueron mantenidos por el recuerdo agradecido y el amor al maestro, especialmente María Magdalena y el apóstol Juan. Éste fue el único al que su amor le hizo capaz de interpretar el significado del sepulcro vacío y creer en la resurrección de Jesús antes de verlo en persona. Juan entró en el sepulcro, *“vio y creyó”* (Jn 20, 8). Todos los demás propiamente no creyeron, sino que fueron vencidos en su incredulidad por la evidencia innegable de la realidad: vieron a Jesús en medio de ellos, comprobaron los signos de la pasión en su cuerpo, pudieron tocar sus heridas, hablaron con él y comieron con él; y fueron testigos de su poder en una nueva pesca milagrosa. Y, además, sintieron como se enardecía su corazón al escuchar sus palabras y cómo Jesús les abría la mente para comprender las Escrituras y los anuncios que les había hecho de su muerte y resurrección.

El resultado de estos encuentros con Jesús y de la donación de su Espíritu fue la firme convicción de la verdad de la resurrección y la clara inteligencia de su significado salvador para todos, así como la fortaleza en su anuncio, frente a la oposición de las autoridades religiosas. Pedro proclamó: A Jesús el Nazareno, conforme al plan de Dios, *“lo matasteis, clavándolo a una cruz”*. *“Pero Dios lo resucitó”* (cf Hch 2, 22-24) y *“lo ha constituido Señor y Mesías”* (Hch 2,36). Por tanto, *“convertíos y sea bautizado cada*



Carlos López Hernández

uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hch 2,18).

Pedro acreditó también la verdad de su testimonio sobre la resurrección de Jesús curando en su nombre a un cojo de nacimiento a la vista de todos. Y lo anunció con valentía ante el pueblo, diciendo: *“Matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello. Por la fe en su nombre, este, que veis aquí y que conocéis, ha recobrado... completamente la salud”* (Hch 3, 13-16). De forma semejante dio su testimonio ante las autoridades y lo completó añadiendo: *“No hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debemos salvarnos”* (Hch 4, 9-10.12). Y ante la severa prohibición de seguir anunciando el nombre de Jesús, Pedro y Juan replicaron: *“¿Es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros antes que a él?”* (Hch 4, 19).

Jesús ha revelado con su palabra, con su acción y con la entrega de su vida que *“Dios es amor”* (1 Jn 4,8.16). *“Su persona no es otra cosa sino amor. Un amor que se dona gratuitamente. Sus relaciones con las personas que se le acercan dejan ver algo único e irrepetible. Los signos que realiza, sobre todo hacia los pecadores, hacia las personas pobres, excluidas, enfermas y sufrientes llevan consigo el distintivo de la misericordia. En Él todo habla de misericordia. Nada en Él es falta de compasión.”* (MV 8). Y esta misericordia llega a plenitud en su entrega a la muerte para el perdón de nuestros pecados y en su resurrección para nuestra salvación. Por ello, **Jesucristo, crucificado y glorioso, es para siempre el rostro y el mediador de la misericordia del Padre;** y es el camino y la puerta hacia la vida del Padre. Nadie va al Padre sino por Él.

La Iglesia anuncia y transmite la gracia de la misericordia de Dios y debe hacer presentes en medio del mundo oasis de misericordia. Cada uno de nosotros tenemos que vivir alegres en la misericordia gratuitamente recibida y ser testigos auténticos y audaces de la misericordia. Recibir la misericordia salvadora de Dios y ofrecerla al hermano es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Y el perdón de las ofensas es necesario para vivir felices.

Llevar a los hombres de nuestro tiempo a **la experiencia del perdón es liberarlos de una forma de vida infecunda y estéril, en el desierto espiritual en el que con frecuencia se encuentran.** Pero la experiencia de la misericordia sólo es posible a los humildes. Sólo puede estar abierto a acoger la misericordia quien reconoce la verdad de su fragilidad moral y se siente necesitado de perdón. El hombre encerrado en su autosuficiencia no puede comprender ni aceptar su necesidad de ser tratado con misericordia; más bien reclamará derechos y ser tratado con justicia. La misericordia le parecerá humillación y servidumbre indigna del hombre llegado a la plena conciencia de su autonomía. Y esta misma actitud le impide aceptar la llamada a la conversión que la misericordia lleva consigo.



Carlos López Hernández

En este clima cultural de autosuficiencia, la Iglesia siente la urgencia de introducir a todos en el misterio de la misericordia de Dios: Esta es la principal obra de misericordia espiritual. Dejémonos sorprender por el amor misericordioso del Padre, que no tiene fin.

Desde esta experiencia de la misericordia podremos vivir con autenticidad este Año Jubilar siendo **Misericordiosos como el Padre** (cf Lc 6, 36). En particular con la práctica de las obras de misericordia, corporales y espirituales. Son criterios para discernir si vivimos o no como discípulos de Jesús (cf MV 15). Y, por ello, son los motivos por los cuales vamos a ser juzgados, según nos lo recuerdan las exigentes palabras del Señor: si dimos de comer al hambriento, de beber al sediento y vestimos al desnudo. Si dedicamos tiempo para acompañar al que vive en soledad, está enfermo o prisionero. Si compartimos los bienes con las familias que sufren necesidad por la falta de trabajo. Si acogimos al inmigrante, al exiliado y al refugiado que buscan entre nosotros seguridad, empleo y vida digna (cf Mt 25, 31- 46).

Encomendamos este Año Jubilar a la intercesión de la Virgen María, la **Madre de la Misericordia**. La dulzura de su mirada nos acompañe en este Año Santo, para que todos podamos redescubrir la alegría de la ternura de Dios.

Salamanca, 2 de Abril de 2016